

10 DE OCTUBRE 2025

LLAMADOS A SER UNA COMUNIDAD DE CONSOLACIÓN

PASTOR DAVID SALGADO



INTRODUCCIÓN

2 Corintios 1:3-4: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que también nosotros podamos consolar a los que están en cualquier aflicción, dándoles el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios.

En 1956, cinco misioneros fueron a la selva de Ecuador para llevar el evangelio a la tribu Waorani. A pesar de saber el riesgo que enfrentaban, oraron para que Cristo fuera glorificado incluso a costa de su vida. Lamentablemente, el 8 de enero fueron asesinados a orillas del río Curaray.

Aquella muerte pudo parecer el fin de una tragedia, pero la historia de estos misioneros no concluyó allí. Su legado continuó a través de la consolación que Dios derramó sobre sus familias y la iglesia que los comisionó. Aún quebrantados, sus esposas e hijos, sostenidos por Cristo, hallaron en Dios al Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

Y ese consuelo no se quedó encerrado en ellos. Lo compartieron al perdonar a los Waorani. Lo compartieron al volver a la selva y anunciarles el evangelio a esa tribu. El resultado fue que hombres y mujeres que habían empuñado sus lanzas para matar, luego levantaron sus manos para adorar al Dios vivo y verdadero como hermanos en Cristo de esos misioneros que mataron antes.

El consuelo que recibimos en Cristo siempre nos lleva a la formación de la comunidad de fe. Así sucedió: los misioneros, sus familias y la tribu Waorani —antes enemiga— se transformaron en una comunidad por medio de ese glorioso consuelo.

El sufrimiento nunca fue un obstáculo para el evangelio, ni en la historia de los misioneros Waorani, ni en la vida

del apóstol Pablo. De hecho, Pablo escribió 2 Corintios a creyentes que lo cuestionaban precisamente porque sufría demasiado. En la cultura grecorromana se valoraba la fuerza, el honor y el éxito visibles; por eso, un apóstol débil, sufriente y perseguido les parecía un rotundo fracaso. Pero Pablo no esconde su aflicción; al contrario, la presenta como la oportunidad para mostrar quién es el verdadero sostén de su vida: “el Dios de toda consolación.” Por lo tanto, desde el inicio de la carta, Pablo afirma que el sufrimiento no contradice el evangelio, sino que lo confirma, porque en Cristo el consuelo de Dios siempre supera la aflicción.

Así, en **2 Corintios 1:3-11** aprendemos que el consuelo que recibimos no es solo para soportar la prueba, sino para aprender a depender de Dios, compartir con otros el mismo consuelo y juntos dar gloria a Dios. Por eso no estamos llamados a caminar solos. En el sufrimiento y en el consuelo somos llamados a ser lo que Dios ya ha hecho de nosotros en Cristo: **una comunidad de consolación.**

Esa es la misma verdad que la historia de los misioneros y la experiencia de Pablo nos enseñan y de la cual quiero convencerlos hoy: **Dios nos consuela en Cristo para ser una comunidad de consolación.**

Así, en este pasaje Pablo nos muestra tres realidades: la primera de ellas la encontramos en 2 Corintios 1:3-4 y es que el origen del consuelo no está en nosotros, ni en las circunstancias, sino que somos consolados por Dios, nuestro Padre.

I. CONSOLADOS POR DIOS, NUESTRO PADRE

Pablo inicia el pasaje con una **doxología** —una **declaración de alabanza** que reconoce quién es Dios y lo que Él hace. Esta alabanza la leemos en el **versículo 3: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación.**

Es notable cómo Pablo comienza: no se dirige a los corintios con quejas ni justificaciones por su sufrimiento, sino bendiciendo a Dios. Esto es crucial, pues para Pablo, la alabanza nunca dependió de las circunstancias; ella brota directamente del carácter inmutable de Dios.

Hermanos, esto nos deja una enseñanza profunda: **la consolación verdadera es, en esencia, adoración en medio de la aflicción.** Piensen en esto: ¿qué es lo primero que Pablo le dice a los corintios mientras carga con las cicatrices físicas y emocionales de su sufrimiento? Simplemente dice: “Bendito sea Dios.”

Esta es una confesión contracultural. Mientras la sociedad grecorromana veía la fuerza y el éxito visibles como la única señal de bendición, Pablo proclama una verdad radical: el verdadero privilegio del creyente no es la ausencia de sufrimiento, sino la presencia de Dios que nos consuela en medio de ese sufrimiento.

Pablo alaba a Dios, en primer lugar, por ser el Padre de misericordias. Esta es una expresión bíblica única que revela la naturaleza de Dios. Nótese que Pablo no solo dice que Dios es misericordioso, sino “Padre de misericordias.” Esto significa que Él es la fuente y el origen de todo amor leal y de toda compasión genuina. Él es, en esencia, como un Padre que se inclina para levantar a Sus hijos caídos en todas nuestras miserias.

Pablo también lo alaba como el **Dios de toda consolación.** La palabra “consuelo” —y sus derivados, usados diez veces entre los versículos 3 y 7— tiene un significado profundo: aliento, fortaleza y ánimo en medio del dolor. Por lo tanto, el consuelo bíblico del que habla Pablo no es el simple y vacío “te entiendo” humano. El consuelo del que hablamos es la ayuda eficaz que Dios nos da para sostenernos. Pablo enfatiza: Él es el “Dios de toda consolación.” Esto significa una verdad gloriosa: ningún sufrimiento queda fuera de Su alcance, ni hay tribulación demasiado pequeña o demasiado grande para que Su gracia no la pueda cubrir.

Es hermoso ver que este consuelo no termina en quien lo recibe. Pablo lo muestra en el **versículo 4: el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que también nosotros podamos consolar a los que están en cualquier aflicción, dándoles el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios.**

Hermanos, el consuelo que recibimos no es un regalo privado, sino un ministerio compartido. El Padre nos consuela en nuestras tribulaciones para transformarnos en instrumentos de Su consuelo para con otros, sin importar la aflicción que estén enfrentando.

Pablo experimentó el consuelo de Dios en carne propia. A lo largo del Nuevo Testamento vemos sus épicas miserias, tribulaciones y angustias; pero es vital notar que cada una de ellas estuvo íntimamente acompañada por el consuelo inagotable de Dios.

Vemos sus repetidos encarcelamientos a lo largo de Asia Menor, Grecia y Macedonia, hasta el final de su vida en prisión. A través de los cinco castigos de cuarenta latigazos y los tortuosos días de sanación posteriores, Pablo siempre experimentó el poderoso consuelo de Dios. También experimentó el consuelo divino cuando fue apedreado en Listra —dándole por muerto— y cuando estuvo tres veces a la deriva en alta mar. Conoció el consuelo de Dios a través de todo tipo de peligros (*citando 2 Corintios 11:26*): en ríos, por ladrones, por su propio pueblo, en la ciudad, en el desierto y por falsos hermanos. En cada uno, fue consolado por Dios. **“En trabajo y fatiga, en muchas noches sin dormir, con hambre y sed, a menudo sin comida, con frío y al desnudo” (2 Corintios 11:27, NBLA).** En cada una de estas condiciones, Pablo siempre experimentó el consuelo de Dios.

¿Cuál fue el resultado de todo este sufrimiento? El resultado fue que Pablo pudo consolar a quienes se encontraban en cualquier aflicción. La razón por la que Pablo sufrió tanto era precisamente para esto: usar el mismo consuelo con que Dios lo había consolado para ministrar a otros.

El sufrimiento del cristiano no es señal de abandono. Al contrario: es en medio de él donde somos consolados por el Padre. Es en nuestra aflicción que Él derrama Su misericordia, y en nuestra debilidad que Él se inclina y nos fortalece.

Por eso, no busques consuelo en sustitutos falsos. No busques consuelo en el éxito aparente que el mundo te puede ofrecer. No busques consuelo en el placer que puedas llegar a obtener. No busques consuelo en la aprobación de otros. No busques consuelo en tus propias capacidades. No busques consuelo en falsos sustitutos, porque todos ellos se desvanecen. Sino corre al Padre de misericordias. Lánzate a los brazos del Dios de toda consolación en oración y alabanza para que recibas consuelo. Este consuelo, a su vez, te capacitará para consolar a otros en el futuro.

Experimentar el consuelo de Dios en nuestra propia aflicción conlleva una doble responsabilidad. Por un lado, nos deja en una deuda de amor con el Padre; por otro lado, nos capacita para comunicar el consuelo y la compasión divina a quienes están a nuestro alrededor y se encuentran en cualquier tipo de aflicción o angustia.

Debemos comprender esto: el propósito de Dios al consolarnos cuando sufrimos nunca se centra únicamente en nosotros, sino en los demás. Su intención va más allá de nuestro alivio personal; Él quiere aliviar a otros por medio de nosotros. ¿Cómo? Al consolar a los demás exactamente de la misma manera en que hemos sido consolados por Dios.

El propósito del Señor en nuestro sufrimiento es, en última instancia, edificar la comunidad cristiana. Nuestra congregación está formada por hermanos que sufren penalidades, tribulaciones y angustias. Yo puedo, y tú también, ser ese instrumento de consuelo en las manos de Dios.

Preguntas de comprensión

¿Qué significa que Dios es llamado “Padre de misericordias y Dios de toda consolación”?

Si no estás en Cristo, necesitas reconocer una fuerte verdad: fuera de Él no tienes un Padre de misericordias ni un Dios de consolación. Solo queda el peso de la vida y la soledad del dolor. El evangelio muestra que **fuera de Cristo el ser humano está en un estado de juicio sin misericordia y dolor sin consuelo**. Es solamente en Cristo donde hallamos al Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

El origen del consuelo está en el Padre, pero la manera en que ese consuelo nos alcanza es por medio del Hijo. El Padre de misericordias ha abierto la fuente del consuelo al darnos a Cristo, y en Él participamos tanto de sus sufrimientos como de su consolación. Así la segunda realidad que Pablo nos presenta es que somos consolados en Cristo.

Preguntas de reflexión

1. ¿En qué áreas de tu vida has buscando consuelo en sustitutos falsos en vez de correr al Padre?
2. ¿Cómo podrías ser un testimonio del consuelo de Dios a tu familia o compañeros de trabajo en medio de tus pruebas?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

II. CONSOLADOS EN CRISTO

2 Corintios 1:5-7: Porque así como los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia, así también abunda nuestro consuelo por medio de Cristo. Pero si somos atribulados, es para el consuelo y salvación de ustedes. O si somos consolados, es para consuelo de ustedes, que obra al soportar las mismas aflicciones que nosotros también sufrimos. Y nuestra esperanza respecto de ustedes está firmemente establecida, sabiendo que como son partícipes de los sufrimientos, así también lo son de la consolación.

Pablo nos da la primera razón para alabar a nuestro Padre de misericordias y Dios de toda consolación. Esta razón es porque los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia, así también abunda nuestro consuelo por medio de Cristo. De manera que los cristianos somos copartícipes tanto del sufrimiento como de la consolación.

Por esto, Pablo comienza esta sección con la frase impactante: “los sufrimientos de Cristo son nuestros en

abundancia” (v. 5). Es vital entender que esto no significa que participemos de Su obra expiatoria, la cual fue única, completa y suficiente en la cruz. ¿Qué significa entonces? Significa que al estar unidos a Cristo por el Espíritu Santo, compartimos las consecuencias de identificarnos con Él. Compartimos el rechazo, la oposición, la persecución y las pruebas.

Pero hay algo aún más sorprendente: así como los sufrimientos son abundantes en Cristo, también el consuelo es abundante. Pablo afirma que siempre que los sufrimientos se multiplicaron en su vida, el consuelo de Dios se multiplicaba aún más por medio de Cristo.

Hermanos, este es un patrón divino que rige nuestra vida, modelado por la vida de nuestro Señor: primero la cruz, después la resurrección; primero la tribulación, después la gloria. Lejos de ser una carga, este patrón es un glorioso privilegio.

Este patrón nos enseña el corazón del evangelio: Cristo murió sin consuelo para que nosotros podamos ser consolados en Él. Cristo clamó en la cruz: **Mateo 27:46 Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?**

Jesús fue abandonado, cargó la ira de Dios sin alivio ni ternura, para que hoy los que estamos en Él nunca experimentemos un sufrimiento sin propósito ni una soledad sin compañía. Él murió sin consuelo en la cruz para que nosotros, por la fe en Cristo y unidos a Él, podamos alabar a Dios como nuestro Padre de misericordias y Dios de toda consolación.

Hermanos, de esta verdad se responde la pregunta que muchos se hacen, dentro y fuera de la iglesia: “¿Por qué un cristiano sufre si Cristo ya venció?” La respuesta es sencilla y profunda: nuestros sufrimientos no son una señal de abandono. Al contrario, son la evidencia de nuestra unión con Cristo. Tenemos el glorioso privilegio de compartir estas aflicciones con nuestro Señor y Salvador.

El mismo Cristo que sufrió primero ahora comparte con nosotros Su consuelo, un consuelo que vence incluso a la muerte porque está anclado en Su resurrección. Esto significa que cuando sufrimos, nunca lo hacemos solos. Por el contrario, la persona que sufre sin Cristo —no importa cuán moralmente buena sea— sufre sin esperanza, sin propósito y, en última instancia, sola.

Hermanos, Jesucristo no es un espectador lejano de tu dolor. Él descendió hasta lo más hondo del sufrimiento humano, incluso hasta la muerte y el abandono, y por eso puede darte un consuelo real, abundante y eterno.

Por todo esto, hermanos, nuestro sufrimiento por Cristo no es señal de fracaso espiritual. Es, más bien, parte de nuestra unión con Cristo. Así como Él sufrió, también nos comparte Su consolación abundante. Por lo tanto, debemos dejar de medir nuestra vida cristiana por la ausencia de problemas o por el éxito visible.

La cultura, la sociedad y las personas a nuestro alrededor quieren que midamos la vida cristiana por nuestras posesiones, por cuán “bendecidos” somos y por nuestros logros. Pero si adoptamos esa métrica, el Nuevo Testamento sería un manual de fracasados. La misma vida de Pablo sería considerada un rotundo ejemplo de fracaso.

¿Por qué esta métrica es incorrecta? Podemos estar seguros de que no es así, porque la verdadera espiritualidad se manifiesta en la dependencia de Cristo en la debilidad. Es esta dependencia la que nos capacita para ayudar a otros a que también dependan de Cristo.

De esta manera, se cumple en nuestra vida lo que afirma **2 Corintios 1:7: Y nuestra esperanza respecto de ustedes está firmemente establecida, sabiendo que, como son copartícipes de los sufrimientos, así también lo son de la consolación.**

El mensaje es claro: si compartimos la cruz de Cristo, compartiremos también Su consuelo y resurrección. Cuando un cristiano sufre es sostenido por la gracia y toda la comunidad es fortalecida. ¿Por qué? Porque en medio del sufrimiento Dios lo consolará y Dios usará esa experiencia para fortalecer nuestra iglesia local.

Más adelante en esta epístola, Pablo desarrolla esta idea en **2 Corintios 4:10-12 Llevamos siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros que vivimos constantemente estamos siendo entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo mortal. Así que en nosotros obra la muerte, pero en ustedes la vida.**

Esto es lo que hace que en Cristo seamos llamados a ser una comunidad de consolación: así somos copartícipes de los sufrimientos, también participamos de la consolación. Nuestra comunión como pueblo de Dios se da tanto en las cargas como en el consuelo.

Pablo destaca que la misma fuente (Cristo) que produce sufrimiento por causa del evangelio, provee también consolación abundante. Así como compartimos la cruz, también compartimos el consuelo de la resurrección.

El patrón que Pablo nos presenta es claro: si el sufrimiento es abundante, el consuelo será más abundante. Y si el sufrimiento es compartido, debemos compartir también el consuelo. Esto es, precisamente, una comunidad de consolación, y solo puede suceder en Cristo.

Por eso, si hay alguien que me está leyendo aún no es cristiano, quiero dirigirme a ti: sé que conoces el dolor, la soledad y la angustia. Sé que has buscado consuelo en muchas cosas. La pregunta crucial es: ¿has encontrado verdadero consuelo? ¿Has encontrado un consuelo permanente? Fuera de Cristo, todo consuelo es temporal e incapaz de sostenerte en la eternidad. Cristo sufrió y murió sin consuelo, cargando con la ira de Dios para que quienes están en Él nunca se queden sin consuelo. Si hoy no estás en Él, ¿dónde encontrarás consuelo frente al juicio de Dios y la muerte? Solo en Cristo hay un consuelo que vence al pecado y a la tumba. Por eso, te ruego, cree en Cristo —en quién es Él y lo que Él ha hecho.

Hasta aquí hemos visto que el consuelo comienza en el Padre y nos alcanza por medio de Cristo. Pero este consuelo no se queda en lo individual. Dios nos lo da para que fluya hacia otros, creando una comunidad

Preguntas de comprensión

¿Qué quiere decir Pablo con “los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia”?

marcada por la oración y el apoyo mutuo. Por eso Pablo avanza en el pasaje a mostrar una tercera realidad: somos consolados para consolar.

Preguntas de reflexión

1. ¿Cómo cambia tu perspectiva del sufrimiento saber que Cristo murió sin consuelo para que tú seas consolado en Él?
2. ¿Cómo podemos animarnos mutuamente como iglesia recordando que compartimos tanto la cruz como el consuelo de Cristo?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

III. CONSOLADOS PARA CONSOLAR

2 Corintios 1:8-11: Porque no queremos que ignoren, hermanos, acerca de la aflicción que nos sobrevino en Asia, pues fuimos abrumados de sobremanera, más allá de nuestras fuerzas, de modo que hasta perdimos la esperanza de salir con vida. De hecho, dentro de nosotros mismos ya teníamos la sentencia de muerte, a fin de que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos. Él nos libró y nos librará de tan gran peligro de muerte. En Él hemos puesto nuestra esperanza de que Él aún nos ha de librar. Ustedes también cooperaron con nosotros con la oración para que, por el favor impartido a nosotros por medio de las oraciones de muchos, también por muchos sean dadas gracias a favor nuestro.

Pablo está describiendo una experiencia tan intensa que pensó y sintió que no sobreviviría. No sabemos si se trató del tumulto en Éfeso, de una enfermedad grave o de otra persecución. Lo cierto es que la carga fue tan insoportable que Pablo sintió que su vida se acababa.

Pero aquí vemos una lección clave: **El sufrimiento es el instrumento de Dios para romper nuestra autosuficiencia y llevarnos a confiar solo en Él**, quien resucita a los muertos. Por eso Pablo estaba seguro: el mismo Dios que lo libró, lo seguía librando y lo libraría.

La gran pregunta para nosotros hoy es: ¿cómo experimentamos este consuelo del que hemos hablado en la práctica? Pablo nos da la respuesta en el **versículo 11: Cooperando ustedes también con nosotros con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a nuestro favor por el don que nos ha sido impartido por medio de las oraciones de muchos.**

Algo muy interesante en este pasaje es que la raíz de la palabra “consuelo” que se usa diez veces en los v. 3-7, es la misma raíz que se usa para el Consolador en el evangelio de Juan (*Juan 14:16, 26*) cuando habla del Espíritu Santo como nuestro Consolador. ¿Qué quiere decir esto?

¿Por qué es esto tan importante? Significa que el Espíritu Santo habita en nosotros, nos une a Cristo y nos coloca en la iglesia como comunidad de consuelo. Esto significa que Dios el Padre —el Padre de misericordia y Dios de toda consolación— nos consuela en Cristo por medio del Espíritu Santo, quien nos mantiene unidos a Él.

Esto significa que mi consuelo no viene solo de afuera, sino que viene también desde adentro. Si soy cristiano, el Espíritu Santo —el Consolador— habita en mí. Y este mismo Espíritu me coloca en la comunidad de consolación, donde quienes me rodean también tienen al Consolador obrando en ellos.

Por lo tanto, el consuelo puede fluir de nosotros hacia los demás gracias a la obra del Espíritu Santo. Uno de los medios principales que el Espíritu usa para esto es la intercesión mutua: **oramos unos por otros, recibimos respuesta y juntos, damos gloria a Dios.**

Notemos algo más: Para Pablo, el consuelo de Dios no era solo individual, sino fundamentalmente comunitario. Sus sufrimientos se convertían en un llamado a la iglesia a orar. Y sus liberaciones se convertían en una ocasión para que la iglesia diera juntos gracias a Dios. Por lo tanto, en Cristo y por el Espíritu Santo, el sufrimiento deja de ser una experiencia privada y se transforma en un testimonio compartido en la familia de Dios. La consolación no es

solo individual, sino corporativa: es consuelo recibido, consuelo compartido y, finalmente, gratitud a Dios conjunta.

Debemos recordar que Cristo mismo soportó la sentencia de muerte en nuestro lugar, confiando plenamente en el Padre que lo resucitaría. Su resurrección nos asegura que **ninguna aflicción tiene la última palabra**. Es interesante notar que el mismo Espíritu Santo fue quien fortaleció a Cristo en Su agonía y lo levantó de entre los muertos. Ese mismo Espíritu de resurrección ahora habita en nosotros. Es Él quien crea una comunidad viva donde el consuelo de Dios fluye constantemente por medio de la oración.

Por eso, cada vez que oramos unos por otros y vemos respuestas, estamos participando del mismo poder que levantó a Jesús de entre los muertos. Este poder opera en la iglesia hoy y seguirá operando hasta que Cristo vuelva por segunda vez.

Hermanos, entender esta verdad debe cambiar por completo nuestra vida comunitaria y la manera en que vemos a la iglesia. En medio de la oscuridad del sufrimiento, el Espíritu Santo, el Consolador, mora en nosotros, llevándonos a la oración mutua y manteniéndonos unidos y firmes.

Por eso, hermanos, es imperativo que **oremos juntos y oremos por otros**. La oración comunitaria es un medio de gracia capacitado por el Espíritu que culmina en acción de gracias a Dios. El propósito final de nuestras oraciones es glorificar a Dios por Su fidelidad al contestarlas. Noten cómo el pasaje comenzó y termina con la misma nota: alabando a Dios en acciones de gracias.

Dios permite el sufrimiento, entre otras cosas, para movernos a orar, recibir Su consuelo en forma de oración contestada y, finalmente, glorificarle. Hermano y hermana, no caminas solo. El Espíritu Santo, el Consolador que habita en ti, te ha colocado en una familia de fe donde otros oran contigo y por ti. Esta intercesión es un medio de gracia real.

Una de las cosas más hermosas que puedo escuchar de otro creyente es: "He estado orando por ti esta semana". Esto da una inmensa fortaleza y consuelo. Y es que en Cristo, por el Espíritu, no sólo soportamos el sufrimiento, sino que somos entrenados por Dios para ministrar consuelo a otros, siendo la oración una parte esencial de ese ministerio.

Por eso, no vivamos la fe de manera aislada. Debemos abrirnos a la comunidad, compartir nuestras luchas y participar activamente en la oración por otros.

Hermanos, la iglesia no es un espectáculo dominical al que solo asistimos, sino una comunidad de consolación, y estamos llamados a formar parte activa de ella.

¿Qué significa esto? Significa, específicamente para ti, hermano o hermana adulto mayor, que tienes un gran ministerio de consolación hacia otros. Tus experiencias y sufrimientos en la vida no son casualidad: Dios, en Su providencia, quiso que vivieras esas cosas y que experimentaras Su consuelo a través de ellas para consolar ahora a otros en la iglesia local, resultando en acciones de gracias para Dios.

¿Qué más significa esto? Significa que confrontar a un hermano o hermana por su pecado —haciéndolo con la verdad de la Escritura y con amor— también es consolarlo y animarlo. Hace poco, al confrontar a una persona, le pregunté cómo se sentía, y me respondió: "Me siento amada y cuidada por Dios, gracias."

También significa que en nuestra iglesia local tengo la oportunidad de ser consolado cada semana, no solo en la oración dominical, sino especialmente en los grupos de discipulado: ministrando la Palabra, orando, compartiendo luchas y dando gracias a Dios juntos.

También significa que el hogar puede ser una comunidad de consolación, consolando al cónyuge e hijos. Tenemos la oportunidad de ser cada día una comunidad de consolación. Pero examina qué palabras salen de tu boca cuando hablas con otros: ¿Salen palabras de misericordia y consuelo, o salen palabras de juicio, hirientes o sarcásticas? Hermano y hermana, tienes la oportunidad de que tu casa sea un verdadero refugio de consolación.

Cada acto de oración y consuelo mutuo es un reflejo del Espíritu Santo, el Consolador que mora en nosotros. La intercesión mutua prueba que el Evangelio no solo nos reconcilia con Dios, sino que une a Su pueblo en dependencia y consuelo mutuo en Él.

Por eso, quiero tomar un momento final para dirigirme a ti que aún no eres cristiano. ¿No te gustaría formar parte de una comunidad así? Tú también necesitas una familia. Dios no solo ofrece consuelo personal, sino una familia espiritual que ora, camina y te sostiene en Él. Fuera de Cristo estás solo en tu dolor, sin Padre de misericordias ni pueblo que interceda por ti. Pero si vienes a Cristo en fe, entras a una familia donde el consuelo es real y eterno, porque está basado en el Espíritu Santo que nunca abandona.

Hemos visto que el consuelo comienza en el Padre, fluye hacia nosotros en Cristo y se comparte en la iglesia por medio del Espíritu Santo. Así se cumple el diseño de Dios:

somos consolados para consolar, transformados en una comunidad donde la oración, la dependencia y la gratitud dan gloria al Dios de toda consolación.

Quiero concluir con una historia que ilustra cómo fluye el consuelo de Dios: En 1945, durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, el pastor y teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer fue llevado a la horca en un campo de concentración. ¿Su delito? Oponerse al nazismo y proclamar que solo Cristo es Señor de la Iglesia.

Días antes, desde la prisión, había escrito un poema para su prometida, Maria von Wedemeyer. Parte del poema, titulado “Año Nuevo 1945”, dice: “Si nos toca apurar la copa del duelo, hasta las heces del dolor, a tu mandato no flaquearemos, recibiendo con gratitud todo lo que se nos da por tu mano amorosa.”

Tres meses después de escribir aquel poema, Bonhoeffer fue ejecutado. Maria quedó con el corazón destrozado, pero aquellas palabras de su prometido se convirtieron en un profundo consuelo en medio de su duelo. Resulta que diez años después, Maria conoció a otra joven que lloraba la muerte de su prometido y le compartió el poema. Este joven era hijo de Joe y Mary Lou Bailey. La prometida en duelo también les envió el poema a los padres del joven, quienes también estaban sufriendo. Aquellas líneas, escritas en una celda nazi, cruzaron el océano para consolar a una familia en los Estados Unidos. Décadas después, Joe Bailey, el padre del joven, escribió el libro de poemas Cielo para consolar a otros. En ese libro, él incluyó aquel poema que lo había consolado.

Preguntas de comprensión

Según el 2 Corintios 1:11, ¿qué papel juegan las oraciones de los creyentes en la experiencia del consuelo?

Ese libro llegó a una mujer con cáncer en Boston. El pastor le dijo a Joe que, en sus últimas horas, ella leyó el libro y exclamó: “Esto me ha dado gran consuelo y paz.” ¿Quién era esa mujer? Nada menos que Maria von Wedemeyer, la antigua prometida de Bonhoeffer. Treinta años después de perder a Bonhoeffer, el consuelo que Dios sembró en su corazón a través de aquel poema volvió a Maria en su lecho de muerte, cerrando un círculo perfecto de consuelo y de gracia.

Hermanos, esa es la manera en que Dios obra: El consuelo que viene de Cristo nunca se estanca. Fluye, circula, regresa y siempre da gloria al Padre. El consuelo que disfrutamos en Cristo por el Espíritu Santo siempre está fluyendo en una comunidad de consolación. Bonhoeffer recibió el consuelo de Dios en la prisión; Maria, en su duelo; los Bailey, en su dolor; y al final, Maria lo recibió de nuevo, justo antes de entrar a la presencia del Señor.

Hermanos, somos llamados a formar parte de una comunidad de consolación. Este es tu llamado hoy: no desperdices tu dolor. Dios quiere usarlo para entrenarte en dependencia y convertirte en canal de consuelo para otros. Tu sufrimiento puede ser el testimonio que sostenga a alguien más mañana. Somos una comunidad de consolación porque el Consolador mora en nosotros.

Recordemos, hermanos: Dios nos consuela en Cristo para ser una comunidad de consolación, para que podamos proclamar con certeza, al igual que Pablo: **2 Corintios 1:3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación.**

Preguntas de reflexión

1. ¿Cómo la intercesión mutua nos ayuda a experimentar la obra del Consolador, el Espíritu Santo?
2. ¿Cómo puedes hacer de tu hogar un espacio de consolación donde se ore, se anime y se sostenga en la fe?
3. ¿De qué manera impactaría a nuestra iglesia si viviéramos más conscientes que somos una comunidad de consolación?

ALABANZAS | DOMINGO 28 DE SEPTIEMBRE, 2025

En nuestra iglesia siempre buscamos que puedas integrarte y disfrutar mas de la adoración comunitaria, por tal razón compartimos el siguiente listado de alabanzas para que adores a nuestro Señor Jesucristo:

Por encima del sol

Jonathan & Sarah Jerez

[Escuchar aquí](#)

Aún me mates

Doulos ft. Para Su Gloria

[Escuchar aquí](#)

Gracias por ser parte de nuestra comunidad. Te invitamos a apoyar nuestro ministerio para seguir produciendo recursos como este. Puedes ofrendar a través de:

graciasobregracia.org/ofrendas
o escaneando el siguiente código:

